

# CONTRA LA AUTOPISTA DE GALICIA

Comité de Acción contra la Autopista, C.A.C.A.

Publicado entre los años '76 y '78

¿Qué razones pueden dar las Empresas y las Autoridades para justificar que se le imponga al pueblo esa Autopista y se le haga pagar por ella el precio de perder sus tierras y ciudades y la sosegada transformación de sus costumbres? ¿Qué razones pueden alegar los Partidos que se dicen de oposición al Gobierno y al Capital para no oponerse claramente al Proyecto, sino enumerar modosamente los pros y contras, para acabar reconociendo su necesidad? ¿Qué razones pueden darse a sí mismos la gente corriente, campesinos o ciudadanos, para agachar la cabeza y consentir que se les quiten de las manos y los ojos tantos bienes palpables y cotidianos en nombre de unos bienes ideales y futuros que se supone que la autopista va a traerles a ellos o a sus nietos?

Razones decentes y publicables (porque los provechos que las Empresas y las Autoridades saquen o se hagan la ilusión de sacar para sí mismos con la realización de la Autopista, éstos no se van a proclamar como razones), razones aparentes parece que tendrán que seguir siendo las mismas que se vienen desde siempre proclamando: que el Progreso lo manda; que es preciso abrir vías cada vez más anchas y más rápidas para que la Actualidad éntre en Galicia o Galicia en la Actualidad; que no se puede uno ni una región quedar rezagados en la carrera de los avances que el Mundo y el Tiempo imponen; que el aumento acelerado de la población y de las necesidades exige hacerle frente con los medios más drásticos y poderosos; y en fin, las demás monsergas que vienen ya desde hace un siglo sonando en los oídos de las gentes; con la coletilla de que, ante esas exigencias de los Tiempos, el tratar de defender las dulzuras palpables y cotidianas de los bosques o los ríos, de las calles o los caminos hechos para la vida, la corriente y la moliente, son sentimentalismos reaccionarios y amores imposibles de lo pasado, de lo condenado justamente por el Tiempo: hasta tal punto llega la confusión que a la hierba y a los robles y al silencio y a los bancos de roble y a los raíles de hierro y los pedruscos que palpas cada día con tus manos te los llamarán, a poco que te descuides, irreales, ideales, fantasías, mientras que en cambio a los Planes de Autopistas, a las Ideas de ciencia-ficción sobre el año 2000, al Ideal del Progreso impuesto por el Capital y la Cultura que le sirve, a eso te lo llamarán Realidad y Realismo.

Ahora bien, hace ya más de medio siglo que aquello que llamaban Progreso nuestros abuelos ha cambiado de signo a ojos vistas y, al convertirse en una imitación mecánica de lo que había sido, ha venido a ser lo contrario de lo que era y a servir para lo contrario de lo que servía; de manera que parece que ya va siendo hora de que nos demos cuenta de ese cambio y que las gentes

del pueblo aprendan a verlo y a decirlo, y que no puedan seguir ya más las Empresas ni las Autoridades engañándolos (y hasta engañándose!) con los mismos ideales o razones que antaño a lo mejor tenían algún sentido, pero que hoy en día están vacíos y condenados justamente por el Tiempo.

Que si mucho daño se les ha hecho a las tierras y a las gentes con tales ideales o razones durante esta segunda mitad de la era del Progreso, al menos no se les siga haciendo más, y que sean las gentes gallegas, tradicionalmente tan sensatas y sensibles, las que den ejemplo y se adelanten, con un rechazo claro y firme del Plan insensato, idealista y reaccionario, de la Autopista. ¿Quién sabe si todavía se puede parar la máquina, cuyas ruedas ya giran en el vacío, y salvar algún terreno para la gente del pueblo, la corriente y la moliente, en donde puedan seguir ellos intentando vivir un poco, y reírse y padecer a sus maneras, y poco a poco ir entendiendo las contradicciones de su mundo y disfrutando de riquezas no anuladas todavía por el imperio abstracto del Capital y del Estado y trazando por sus tierras los caminos que ellos sientan que les van haciendo falta? Más vale algo que nada. Pero, para impedir que el algo que nos da la vida nos lo cambien en nada los negociantes idealistas del todo, que pretenden organizar la vida y gobernarla, lo primero es declarar la vanidad de las razones de utilidad o de necesidad en que sus ideas y sus planes de muerte se apoyaban.

Porque es que antaño, cuando empezó esta era del Progreso, hace cosa de dos siglos, los inventores y sus avispados mecenas podían justificar su intervención sin mentir mucho como medios para atender mejor a las necesidades o deseos de la gente: los telares mecánicos iban a menguar el costo en mano de obra para el empresario y al mismo tiempo, por milagrosa coincidencia, la cantidad de trabajo de los trabajadores (cuestión de mera justicia social sería que luego esa bendita mengua se repartiera equitativamente entre los unos y los otros), y los ferrocarriles iban a facilitar la pesada organización de las postas y tiros de caballos de las diligencias y a multiplicar, gracias al gasto de energías así ahorrado, la riqueza y disponibilidad de los servicios de comunicación y de transporte. No sabemos cómo el progreso técnico habría cumplido esas promesas de facilidad con que se iniciaba, si se le hubiera dejado seguir fiel a ese principio de utilidad para la gente y de satisfacción de sus necesidades o sus deseos, manifestados a n t e s de la introducción de cada nuevo avance o aparato. Lo cierto es que hoy en día todo el mundo comprueba, y ni los progresistas más arcaicos se atreverían a negarlo, que de aquella facilidad y mengua de desgaste de energías y aumento de la riqueza de medios, cada vez más baratos, de cubrir las necesidades o cumplir los deseos de la gente nada hay ni se siente por parte alguna, sino justamente lo contrario; y no sólo el trabajador trabaja más (lo que no sea en el tajo, será en los trasportes suburbanos o eligiendo con la señora un nuevo televisor en los grandes almacenes o matando duro tras duro el tiempo del Domingo en las máquinas tragaperras), sino que curiosamente hasta al propio Capital parecen resultarle cada vez más difíciles y más inestables los provechos de la explotación de los trabajadores.

Y es que se ha dado en el curso del Progreso ese momento (allá por

cuando se impuso el automóvil individual y empezaron los fabricantes de sueños a hacer soñar con la televisión) en que las cosas se volvían del revés y, antes de que nadie hubiera pedido más invenciones ni perfeccionamientos, ellos se le imponían a la gente y sólo para justificarlos se le imbuían las ideas de unas necesidades o deseos que no había sentido nunca, siendo así que esos nuevos adelantos se deducían en abstracto por analogía mecánica de los anteriores: por ejemplo, ya que hemos conseguido oírnos a distancia, y dado que oído y vista son dos sentidos del cuerpo humano, ¿por qué no vernos a distancia?; o por ejemplo, ya que las gentes se trasladan a buena marcha y a sitios cada vez más alejados o dispersos con los trenes en improvisadas comunidades de viajeros, y dado que la libertad individual es un dogma de la Revolución moderna, al mismo tiempo que la familia sigue siendo una unidad sagrada, ¿por qué no poner en circulación los coches individuales-familiares? Y así por el estilo. El caso era (y es) que la vida siguiera siendo igual por lo menos de imposible y tanto o más sustituida por el ajetreo de los medios convertidos en sus fines; y el fin de los adelantos de esta segunda mitad de la era del Progreso es que, a pesar de todos los beneficios del Progreso, la gente siga trabajando, la riqueza no aumente, el gasto no mengüe, sino al revés, y no haya peligro de que la vida sea más fácil y nos libremos de la maldición del Señor que nos echó del paraíso, sino bien por el contrario.

Ni que decir tiene que esa finalidad funesta y reaccionaria del Progreso está de algún modo en las intenciones del Capital y del Estado, que han creído ver en ella la manera de seguirse sosteniendo y anulando el peligro con que el amor y la inteligencia de unas gentes menos sometidas al trabajo y algo más libres podría amenazarles; aunque quepa insinuar también que hasta Ellos mismos parecen por fortuna haberse equivocado en ese cálculo. Pero el negro error de la inversión de signo del Progreso está mucho más metido que eso en el seno de la Sociedad; y así, los militantes de Partidos o Sindicatos habrán de seguir traicionando a la gente que pretenden defender y representar, aceptando en definitiva la necesidad, por ejemplo, de la Autopista de Galicia y en general la necesidad de la continuación de ese Progreso del Progreso, no tanto porque ellos mismos puedan de veras creer en los beneficios de la Autopista, sino porque pensarán, como piensan siempre, que la Autopista representa una ocasión de creación de nuevos puestos de Trabajo para los trabajadores y para los que andan hasta ahora malviviendo sin trabajo, y ¿cómo van ellos a oponerse a cualquier Proyecto que pueda constituir un aumento de los puestos de Trabajo y asegurar la sumisión de las dispersas gentes de Galicia al Trabajo de veras, al organizado, y el aumento de las masas trabajadoras que ellos mismos aspiran a organizar para mejores fines en el Futuro? Y no ya los hombres de Sindicatos o Partidos, que por su propia constitución han de estar especialmente vendidos a los ideales del Progreso progresado, sino hasta muchos de los campesinos o ciudadanos corrientes y molientes sentirán gran dificultad para rebelarse contra la Idea de la Necesidad de la Autopista o de otras barbaries que quiera imponerles en sus tierras y en sus vidas el Progreso progresado: hasta tal punto ha venido a formar parte constituyente de las almas la creencia en que el Progreso

es inevitable, que es forzoso para subsistir someterse a los nuevos modos de muerte que el Capital y el Estado impongan, que no hay nada que hacer, y que Los-Que-Saben a mandar, y ellos a obedecer.

Y sin embargo, hay que aprender a pararse de una vez y a decir NO. Hay que empezar a distinguir entre adelantos que pueden proporcionar algunos beneficios y facilidades para ir viviendo y adelantos que no sólo cuestan demasiado caros en bienes inmediatos y palpables, sino que están destinados a hacer la vida más dura y trabajosa, más imposible y menos deseable. Hay que empezar, antes de nada, a ver una cosa tan clara como ésta: que los aparatos y autopistas y organizaciones del Progreso progresado, aparte de no servir para satisfacer ningún deseo ni necesidad, están impidiendo que avancen y mejoren y rindan más utilidad los inventos y adelantos anteriores del Progreso: que, por ejemplo, el automóvil individual no sólo ya no sirve para facilitar las comunicaciones y transportes, sino que hace mucho tiempo que él, con sus carreteras y sus gasolineras y demás industrias parasitarias, está estorbando el desarrollo y las mejoras verdaderas de los trenes y las redes ferroviarias; y que, por ejemplo, el Plan, ridículo y totalitario, de una Autopista como la que amenaza a las tierras y ciudades de Galicia, aparte de no estar demandado por necesidades ni deseos de ciudadanos ni campesinos, y aparte de exigirles tan enormes sacrificios, lo que de veras está haciendo es estorbar la construcción y el desarrollo y la mejora de muchas vías y calzadas y caminos vecinales, que los avances del Progreso deberían permitir y facilitar, que responderían a verdaderas necesidades y deseos de los pueblos gallegos, de sus campos y ciudades, y que ya se estarían construyendo y mejorando si entre otras cosas no viniera a impedirlo la intromisión del fantasma del Proyecto de la Autopista.

¡Gentes de Galicia!, la Autopista no es necesaria. No hay nada necesario. En nombre del Progreso que sirve para algo, ¡muera el Progreso que no sirve más que para la muerte! ¡Abajo el Plan de la Autopista y vivan los caminos de la vida!